República Bolivariana de Venezuela

Ministerio del Poder Popular para la Educación Universitaria

Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez

Núcleo Maracay

Autobiografía

Integrante:

Abraham Ruzza

CI: 32.368.698

PNF Fisioterapia

Sección 10111

El 22 de octubre de 2007, a las 9 de la mañana, nací en la clínica Lugo. A lo largo de mi infancia viví muchas experiencias, muy pocas de las que quisiera recordar. Sin embargo, sé que, aunque fueron pocas, conservo el recuerdo de ese sentimiento de alegría que dudo que vaya a olvidar. Mis padres son Maurimar Carolina Olivares Terán y José Antonio Ruzza García, con quienes tengo una relación un poco extraña. Aunque sabemos que nos queremos, estamos un poco alejados, no tanto físicamente, sino sentimentalmente. Creo que durante mi infancia sentí mucho desinterés por parte de ellos y se creó un rencor que el tiempo pudo desvanecer, aunque ya no es lo mismo. Es difícil recuperar algo que se ha perdido hace tanto, como un "te quiero" o el simple acto de dedicar un momento del día para estar juntos. Quizás estas pequeñas cosas no sean significativas para la persona que soy ahora, pero siento que gran parte de ese niño interior que anhelaba el amor de sus padres murió hace mucho. Ahora siento más respeto, ya que nunca me faltó nada, excepto atención. Durante mi infancia, pasé mucho tiempo con mi hermano menor. Resulta impresionante saber que una persona, aunque no siempre te diga algo bonito, te lo demuestra con sus acciones. Él siempre está para mí. Aunque durante mi infancia con mi hermano, desde mi corta edad hasta hace pocos años, comprendí que la soledad que me acompañaba no solo la sentía yo, sino que ambos nos refugiamos en esa soledad. Así, aunque nos sintiéramos solos, sabíamos que no lo estábamos del todo.

Mi relación con mis demás familiares no es tan compleja como con ellos tres. Mi abuela materna siempre estuvo ahí en mis momentos malos y buenos. Nunca me juzgó, pero sí me hizo entender cuando algo no estaba bien. Me enseñó a no pensar en lo que no tenemos y a valorar las pequeñas cosas del día a día, como un lugar donde dormir, alguien a quien agradecer o el simple hecho de existir. Aunque mi abuela no es muy religiosa, siempre me acercó un poco más a Dios. Tengo dos tíos. La relación con el mayor fue linda al principio, pero luego se convirtió en una decepción. La relación con mi tío menor es más agradable, ya que desde pequeños nunca nos dejó solos a mi hermano y a mí. Siempre tenía con quién jugar y nos daba esa atención que nos faltaba. Esos partidos de fútbol que no tuve con mi padre, los tuve con mi hermano y mi tío. Sus consejos me daban paz cuando no sabía qué hacer y, aunque ahora no pasamos mucho tiempo juntos, sigo pensando que él es un ejemplo a seguir. Admiro mucho a mi abuelo materno, ya que me enseñó a ser solidario y a luchar aunque todo parezca perdido. Mis abuelos paternos, aunque siempre estuvieron cerca, nunca tuvimos un vínculo tan fuerte, ya que expresar sentimientos no es lo suyo. Mi tía me demostró lo que es esforzarse por ser suficiente para alguien importante, como un padre, y que aunque no lo seas, siempre habrá alguien que se dé cuenta. Básicamente, durante mi infancia y adolescencia, desarrollé vínculos familiares muy distintos y descubrí quién soy en realidad: una persona que buscaba aprobación, pero que ya no le importa; una persona que cree que hay que esforzarse hoy para disfrutar mañana, sin preocupaciones; una persona dispuesta a todo por la felicidad de sus seres

queridos; una persona que a menudo se siente perdida, pero que nunca se rinde y que siempre encuentra motivos para agradecer. Soy una persona muy deportista, quizás por eso nunca le di tanta importancia a las notas. Aunque nunca me costó obtener buenas calificaciones, me faltaba interés académico. En cambio, siempre he tenido una gran pasión por el deporte, no por disciplinas que requieran objetos o personas, sino por la actividad física que mejora el ánimo y la calidad de vida. A los 15 años, en el liceo, conocí a una persona importante, no tanto por lo que es, sino por lo que me hizo sentir, al presentarme la calistenia. Este deporte, que enfatiza el autocontrol mental y físico, me encantó desde el primer día. Siendo una persona activa e inquieta, me prometí ser cada día mejor. Practiqué hasta alcanzar un nivel avanzado, sorprendiendo a quienes me rodeaban con mi estado físico y anímico. Al adoptar un estilo de vida saludable, cambié mis hábitos, despertándome temprano, comiendo tres veces al día y entrenando al menos una hora y media, incluso cuando no tenía ganas. Luego, conocí el boxeo. Durante un año tuve peleas de exhibición y sparring, pero supe que no era para mí y lo dejé. Comencé a buscar una carrera que se adaptara a mis intereses, pensando en un futuro de felicidad plena y dejando de lado lo material. Quise estudiar fisioterapia, aunque también me atraían las fuerzas armadas o la policía nacional. Siempre deseé ser parte de las fuerzas especiales (FAES o SEBIN), pero las circunstancias y el miedo tienen un impacto significativo en esa profesión en este país y gobierno actual. Sinceramente, la política no me importa. Creo que la mayoría de las personas solo quieren ser felices y no les importa nada más que ellos y sus seres queridos. Mientras no se metan en mi vida ni interfieran en mi crecimiento personal, y yo tampoco en el suyo, podemos estar tranquilos. Por eso no quise estudiar esa carrera. Preferí buscar otro camino, la fisioterapia. Me encanta la complejidad de la estructura corporal y anatómica del ser humano, la cantidad de estructuras necesarias para un simple movimiento y para dar vida a esas otras estructuras. Me encanta esta carrera. Estudio fisioterapia en la Universidad Experimental Simón Rodríguez, donde ingresé en octubre de 2024. Recuerdo que la semana de mi cumpleaños conocí a un grupo de amigos con quienes buscamos apoyarnos mutuamente en la carrera. En ese grupo noté la presencia de una persona que se volvería muy importante para mí. El 26 de octubre de 2024, durante una caminata a un parque cercano a la universidad, la verdad, no quería ir ese día, pero me forcé a hacerlo para encontrar alguna recompensa futura. Al llegar, la encontré feliz y sola, sentada en un banco viendo una serie en su celular. Aunque parezca deprimente, es algo que me gusta mucho. Poco después, se acercaron Víctor, un amigo normal y muy agradable, y Andrea, una chica muy particular que se convirtió en el amor de mi vida. Me pidieron caminar un rato, ya que luego planificaríamos una evaluación. Al final, solo nos reunimos nosotros tres. Conocí mejor a Víctor, que hablaba mucho, y a Andrea, que se expresaba con sus gestos, ya que era muy reservada ese día me decidí a intentar conocer a una persona esa persona era Andrea poco a poco a través de la universidad entre tareas y mensajes la fui conociendo y me fui enamorando cada vez más y más nos convertimos una relación en la cual ambos éramos tan distintos pero a la vez nos

complementamos tanto. en la que decidimos estar juntos y en la que aún lo estamos es muy difícil plasmar tantas vivencias experiencias tanto buenas como malas en un texto tan corto ya que cuando nos dan tantas como lo digo fueron tan significativas para mí y en estas pocas palabras les puedo dar a entender un poco de quién soy y de quien quiero ser. así que ya saben un poco quien es Abraham Ruzza o Abrah que es el apodo que que solo usa una persona pero es el que más me representa